

## CAPITULO VI

ESTADO DE LA IGLESIA. LOS PAPAS DEL TIEMPO. TERMINACION DEL CONCILIO DE TRENTO  
É INFLUENCIA DE LOS JESUITAS EN ESTE IMPORTANTISIMO SUCESO

Los dos Papas ya conocidos por nosotros en esta historia, que confirmaron primeramente la orden de los jesuitas, pertenecen á la categoría de aquellos, á quienes podríamos llamar pura y esencialmente políticos. Lo mismo Paulo III, devoto á su familia, los Farnesios, que Julio II, adscrito á su Emperador, Carlos, solo pensaban los dos, en aquellas extraordinarias circunstancias, despertar y constituir fuerzas políticas, las cuales con sus medios coercitivos pusiesen freno material y tangible al movimiento religioso. Paulo III es aquel Papa en quien hemos visto las mismas tendencias de Alejandro VI respecto á su familia, fundadora de una dinastía, cuya dominacion y engrandecimiento en el centro de Italia costó largas guerras en tres sucesivos siglos, necesitando todo el empuje de la revolucion moderna para desaparecer del trono á nuestra vista y en nuestro tiempo. Lo que no pudieron los Borgias con su brillo, pudieronlo mas tarde los Farnesios con su astucia: tener en mitad de Italia, imitando á los Médicis en poder y en fortuna, un trono desde cuyas cimas enviaban generales á los grandes ejércitos y reinas á las poderosas monarquías, compensando con la extension de su influencia la pequeñez de su territorio. Todavía recuerdan los anales el nombre de Alejandro Farnesio, que sirviera con gloria bajo la suprema direccion de Felipe II, y el nombre de Isabel Farnesio, quien, por coronar á sus hijuelos y darles regios patrimonios en Italia, costó á nosotros, los españoles, guerras desastrosas, y estuvo á punto de consumir una nefasta reaccion universal en todo el continente. Un Papa, en su esencia político, dado á las cosas de este mundo,

perdido de amor á su familia, positivista y mundano, debia creer, segun su temperamento y su carácter y su doctrina, que aquella orden mecánica, organizada como un cuerpo material de ejército, sin ninguna espontaneidad individual, sin ninguna aspiracion mística, orden ultramontana por excelencia, restauradora de la autoridad pontificia por necesidad, obediente hasta la esclavitud y ambiciosa de dominar al mundo y envolverlo en las redes siniestras de sus sombras, debia crear y organizar una fuerza material, que sirviese al Pontificado, cual no lo habia servido ninguna otra orden religiosa en toda la sucesion de los siglos.

Pues Julio III, el sucesor de Paulo, fué un dócil instrumento de la política imperial en manos de Carlos V: Paulo III, Julio III: hé ahí los dos fundadores verdaderos de la orden, los dos amigos de la política y de la religion de San Ignacio. Conocido el carácter de ambos Papas, conócese tambien el íntimo pensamiento á que obedecieron y se sujetaron los dos en la eleccion de tan extraño y soberbio monumento. Pero seríanos de todo punto imposible referir el crecimiento y perfeccion de la orden si no contásemos los sucesos universales y políticos, que con este crecimiento y perfeccion coinciden. Necesitamos saber cuánto hicieron los papas y los reyes del tiempo para saber al par cuánto dominaron los jesuitas en su aparicion y cómo dirigieron el mundo. Aunque aparezcamos á primera vista de nuestro principal objeto alejados, nunca estaremos tanto en él, nunca tan cerca de los jesuitas como refiriendo las elecciones de aquellos Papas, que desde Marcelo II hasta Sixto V, constituyeron y fortificaron el absolutismo pontificio, y la vida de aquellos príncipes, que como los Felipes de Austria en España y los Fernandos de Austria en Alemania y los Enriques y los Carlos de Valois en Francia, sirvieron á una con todas sus fuerzas, la triste reaccion religiosa, organizada y mantenida por el jesuitismo y por los jesuitas. Pública ó secretamente, su idea y solo su idea fué la causa primera y motriz de todos los sucesos.

Por marzo de 1555 muere Julio III, á quien los romanos consagraron unos funerales propios de cualquier cura de aldea. La sucesion de todo Papa en este tiempo encontraba insuperables dificultades tanto en las facciones, que tal nombre merecen, del sacro-colegio, como en la política de las grandes potencias y de sus poderosos monarcas. El partido imperial de un lado y el

partido francés de otro; la influencia británica, poderosísima cuando la ortodoxia de Enrique VIII y la reaccion de María Tudor; las dinastías italianas de los Médicis, de los Farnesios, de los Estes; las embajadas de cada potencia, que no solo querian Papas aceptos al poder, por ellos representados, sino adscritos á los intereses particulares de sus propias personas; los partidos múltiples de la Ciudad Eterna, desgarrada por sus sendas luchas; las ambiciones seniles de tanto señor feudal como habian, allí en el conclave, á la continua encrespado por el oleaje de todas las pasiones, tan diversos y encontrados elementos daban á la designacion de Papa el carácter de una verdadera batalla, donde, aunque solo se usaran y esgrimieran las armas de la intriga, resultaban muchos heridos y muchos muertos moralmente y muy amenazada la paz de todos los pueblos del mundo.

Dos grandes partidos lo dominaban todo en la eleccion del sucesor de Julio III, el partido imperial y el partido francés. Aunque los cardenales pasaban de cincuenta, no solian á la sazón reunirse mas de treinta por hallarse disperso el sacro colegio, atraidos sus miembros á las diversas naciones de Europa y á las cortes diversas en razon de los gravísimos problemas pendientes y de las cuestiones religiosas y políticas mas confusas y mas enmarañadas que nunca. En las disposiciones tomadas para ornato de las cámaras vaticanas y expedicion de las vajillas destinadas para los cardenales, veíase cuán poco fiaban los conocedores de la corte pontificia en seguro y próximo resultado. Levantaba su cabeza entre todos el cardenal de Este, rico, mundano, perteneciente á poderosa familia sentada en tronos importantes de la península, y muy idóneo para dispartar con su lujo y con sus artes aquellos primeros tiempos del Renacimiento, cuyo brillo parecia como apagado y extinto, despues de la desaparicion de los Médicis y del terrible saco español, en las frias cenizas que envuelven á la Ciudad Eterna, viuda y llorosa como la Jerusalem de las Lamentaciones y de los Trenos. Pero Este habia de hallar invencibles obstáculos á su eleccion canónica en su carácter político, maculado por sus incontrastables inclinaciones á Francia. El disentiendo, cada dia mas hondo; mejor dijéramos, la guerra, cada dia mas implacable y sañuda entre las dos grandes potencias católicas, Francia y España, no solo dificultaba la eleccion de los Papas, sino que conseguia dar á los protestantes

influjo indirecto, pero eficaz, en las determinaciones del conclave, como aliados que eran y aliados cordiales á la sazón, de la monarquía francesa.

Dos poderosas familias italianas en aquel momento aspiraban al Pontificado. Eran estas dos familias los Estes, cuyo candidato se hallaba naturalmente y por fuerza en el cardenal de su nombre, y los Gonzagas, empeñados á su vez en otro cardenal de su estirpe y de su sangre. Las rivalidades mutuas del embajador francés y el embajador español; las maniobras continuas de los tres soberanos que mandaban respectivamente sobre Mantua, Ferrara y Florencia; el hábito inveterado de comprar y vender los votos, en tal manera embrollaban los negocios del conclave, que no podia encontrarse hilo conductor para salir en bien de aquel confuso é intrincado laberinto. Cansados muchos cardenales de tantas pretensiones mundanas, pensaron á una en formar fuerte partido religioso, que solo atendiese á las virtudes del candidato y á las necesidades del catolicismo. Fijáronse para esto en el cardenal Cervini, prelado en quien se anteponian las ideas piadosas á los intereses mundanos. Hijo de un astrólogo, que además de la astrología profesaba la medicina, entró de niño en un convento por haber leído en las estrellas su padre que llegaría seguramente á Papa. Aunque algo repulsivo al Emperador, quien le amenazara en Trento con echarlo por las ventanas del concilio, los años habian borrado, ó por lo menos disminuido un poco, tales injuriosos recuerdos en la memoria universal. Cuatro cardenales constituyeron dentro del conclave una comision para combatir las elecciones políticas y obtener una eleccion puramente religiosa, de tal suerte activos que á los cuatro dias del conclave lograron la tiara en adoracion primero y despues en unánime voto para el cardenal mas conocido por su autoridad religiosa y por su apartamiento de los combates políticos.

Marcelo II apenas contaba cincuenta y cuatro años. A pesar de que su familia, honrada pero modesta, no le habia importunado nunca, prohibió el ingreso en Roma, por un acuerdo solemne, á todos sus parientes; protesta indirecta, pero grave, contra el funesto nepotismo de sus funestos predecesores. Activo de voluntad, perseverante de trabajo, propenso á la virtud, sabio en las cosas teológicas, pagado de la regeneracion eclesiástica, decidido á la mejora de las costumbres, partidario del concilio ecuménico,

co, sobrio en sus gustos, lacónico en sus palabras, severo en su vida, puro en su pensamiento, embargado por la idea de purificar el culto, devolver su espiritualidad al dogma y su influjo moral á la Iglesia, significaba su presencia en el trono una inclinacion salvadora y saludable, á pesar de tardía ya en el estado de los ánimos y en el curso de los tiempos, hácia la reforma dentro de la ortodoxia. Pero, á los veintidos dias de pontificado, murió de un fulminante ataque apoplético. No debe maravillarnos, pues, que, dadas las circunstancias de aquella sociedad y el estado de los ánimos, se creyera generalmente movida la horrible apoplejía por un ponzoñoso bebedizo.

El conclave congregado para designar al sucesor de tal Papa debía ser al mes una continuacion, y nada mas que una continuacion del conclave anterior. El partido francés y el partido español debian luchar como lucharon antes. El duque Cosme de Médicis debía tener un embajador mas; pero las mismas ideas, los mismos intereses, los mismos propósitos. Mantua debía irse por no favorecer á Ferrara; pero, en cambio, debía venir un Farnesio, mas ambicioso y resuelto que Mantua misma. Los Estes y los Gonzagas debian empeñar las mismas rudas batallas, y los venecianos entrar en escena é interponer su influjo, aunque con poco favorable resultado; porque sembradas las ideas místicas, poderosa la corriente canónica y teológica, entusiasmados los cardenales con Papas semejantes al finado Marcelo, dividida entre sí la faccion imperial y no muy segura la francesa, en una especie de arrebato, los electores rodearon al decano del Sacro Colegio y tumultuariamente, á gritos, con ademanes descompuestos, con palabras desacordes é incoherentes, invistieron de la pontificia dignidad al meditabundo teatino, malhumorado é imperioso, fuerte como un atleta, constante y hasta testarudo, en quien parecia personificarse la ruda y firme aspiracion universal á una reforma ortodoxa en el seno de la Iglesia católica.

La súbita é inesperada eleccion de Paulo IV desconcertó á los mismos que la habian urdido y consumado. Carafa, que tal se llamaba el nuevo Papa, despues de tomar por nombre pontificio el de Paulo IV, se irguió, como si de Dios solamente hubiera recibido la tiara. Solitario, austero; habiendo pasado de su retiro monástico al cardenalato soberbio, aislábase dentro de sí mismo, y no reconocia mas inspiracion que las sugerencias de la

propia conciencia metida bajo las espirituales alas del Espíritu Santo por la eleccion unánime de un conclave á quien no solamente nada le habia pedido, sino que nada en su silencio y en su austeridad aconsejado.

La consternacion de las ambiciones acostumbradas á jugar con los Papas fué intensa y universal, viéndose frente á frente de un hombre, que nada creía deber al mundo y que todo lo esperaba y lo recibia de Dios. Al levantarse por vez primera entre los que acababan de ser sus iguales, apareció como aparece San Pablo en las liturgias, como un conquistador, con la espada desnuda en las manos y en la frente las señales de la dominacion y del imperio. Aquel penitente austerísimo, especie de legendario San Jerónimo, con la curtida piel pegada de suyo al hueso; la nudosa cruz empuñada en las flacas manos; el libro á un lado y los ojos extáticos en la inmensidad; aparece como un general á la cabeza del ejército; mostrando la resolucion fija de mandar sin escrúpulos y sin debilidades como si estuviera en una plaza sitiada y al frente de un verdadero ejército. El pobre teatino se trastrocaba en orgulloso monarca. Para conocerlo personalmente hay que buscarlo en los papeles de las embajadas venecianas. Pocos documentos ni tan minuciosos ni tan fieles. Mateo Dandolo, embajador á la sazón de la serenísima República en la romana corte, nos lo describe con desorden, y aunque mezcla las facultades físicas con las facultades morales y las costumbres con las ideas, lo hace de mano maestra. Paulo IV era horriblemente feo. Si bien maestro en lenguas clásicas y modernas, hablaba con extraordinaria lentitud, por temor natural á decir una palabra que no fuese propia, ó una frase que no fuese correcta. Anciano y desdentado, se le oía con dificultad, y apenas se alcanzaba, por muy reconcentrada que fuese la atencion del oyente, á comprenderle. Bien es verdad que daba de cuantas cuestiones se le proponian el pro y el contra sin determinarse á una soberana y firme afirmacion; y cuando á tanto se arriesgaba solia poner tales atenuaciones en contra que le cohonestasen y le permitiesen una prudente negativa ó una sábia retirada. Seco y amarillento, diríase que hiel y no sangre circulaba por sus venas. El temperamento bilioso daba tristeza grande á su complexion; y tal tristeza extraordinaria solemnidad á sus actos. Su naturaleza toda le delataba de imperioso. Habia nacido aquel hombre para mandar como nacen otros para obedecer y servir.